

Manolo Cuadra: Un Memorándum Básico Sobre El General Moncada.

Recién acaba de celebrarse el 10. de Marzo el Día Nacional del Periodista, efemérides que jurídicamente fue consagrada por el gobierno del Dr. René Schick Gutiérrez, uno de los mandatarios más notables que ha tenido este desventurado país.

Es, pues, fecha oportuna para recordar a los grandes diaristas que encarnaron luminosamente a la profesión, pocos lustros antes de que se fundara en Nicaragua la primera Escuela de Periodismo en 1960.

Entre esa pléyade de nombres singulares pueden señalarse a José Francisco Borgen, Manolo Cuadra, Hernán Robleto, Guillermo Castellón, Emilio Quintana, Ariel Luna Brenes, Guillermo E. Arce, y otros, algunos de los cuales tuve el privilegio de conocer y tratar e incluso cultivar una amistad muy edificante, como fueron los casos de Borgen, Quintana y Brenes.

Ellos hicieron con luz propia e ingenio el llamado periodismo literario al que en varias ocasiones se refirió nuestro Rubén Darío, y que han elogiado escritores de renombre como Alejo Carpentier y Gabriel García Márquez.

Se trataba, como se sabe, de un periodismo de elevada categoría intelectual y sólido dominio de las bellas letras, que en el fondo y en la forma constituían verdaderas crónicas literarias.

Ellos fueron los últimos representantes de un periodismo bohemio pero eminentemente culto y cultivado, que para la historia quedó plasmado en los periódicos y revistas de la primera mitad del siglo XX.

A propósito, creemos doble recordar una anécdota de un periodista de ese grupo, que a la vez fue un poeta y un escritor extraordinario, Manolo Cuadra, que fue adversario político del General José María Moncada, quien suscribiera en Tipitapa con un representante del gobierno norteamericano el pacto del Espino Negro, acto que puso fin a la guerra liberal constitucionalista, decidiera el rearme y el inicio de la gesta patriótica de Sandino, y facilitara poco después el ascenso del General Moncada a la primera Magistratura de Nicaragua.

A Moncada se le recuerda especialmente como firmante del citado Pacto, pero muy pocos conocen que además de político y escritor también ejerció el periodismo por varios lustros.

Esta anécdota devela un duelo político entre dos periodistas —José María Moncada y Manolo Cuadra— que al final habría de resolver la muerte pero a la manera antigua: con nobleza e hidalguía.

Dónde habrán volado -al parecer para siempre- esos finos y altos espíritus que alentaron a Manolo, quien a la muerte de su adversario político escribió este impactante Memorándum Básico sobre el General Moncada.

"Parecía inmortal y ha muerto, sin embargo. Murió también Aquiles, no obstante ser el más fuerte paladín de la Ilíada. Murió también el príncipe de Conde, varón de nobilísima estirpe y de una intrepidez sin igual, y en sus funerales, ante toda la corte del Rey Sol y ante toda la gloriosa Francia, el gran Bossuet dijo estas profundas palabras: "(Sólo Dios es grande!"

Ayer estuve haciendo cola para poder ver la carne mortal del General José María Moncada en su última actitud. En el momento de la "negativa", como decía Napoleón.

Reposaba el ex-Presidente sobre el confort de la pompa funeraria. Sobre el fondo muelle y asedinado, de un celeste de carne en tránsito, el cuerpo que aparecía en posición de abandono y la cabeza, ennoblecida de pronto por el golpe purificador de la muerte, era de una innegable belleza. La nariz romana se había aquilificado en el desfallecer de la agonía. Casi hasta el occipucio se prolongaba la frente, y lateralmente hasta el área hinchada de las sienes; los ojos semicerrados, rebeldes a despedirse de la luz del mundo; los labios sellados herméticamente, helados y desdeñosos. Esos labios que si aún pudieran hablar...

Juzgado de manera objetiva, sin compasión, pero con pasión, investigando en sus defectos, José María Moncada —hecha la sola excepción de su voluntad de hierro— es un producto nacional auténtico, como el tabaco, el ñánbaro, los cuartelazos y Rubén Darío. Hijo del paisaje, del medio social, de la escuela, la línea mercurial de su genio marca el clima ingrato del país. Viajó en ferrocarril trasandinos, en barcos trasatlánticos y en aviones estratosféricos; pero el camarote de estos vehículos no transportaba más de su cuerpo blando y manuable, pues la parte trascendente de su yo, por mucho que el avión ganara las órbitas astrales, permanecía amarrada al solar áspero de nuestra tierra apasionada y volcánica; tierra sin brecha abierta para los escapes sublimes. Fue un viajero sobre sí mismo, un turista que se movía eterna y fastidiosamente sobre la misma geografía.

Sabía de sus defectos. Sin embargo, jamás accedió a traicionarse en fáciles rectificaciones, ni a claudicar en los rituales del mea culpa. Cuando los accidentes le obligaban a cojear, requería, para disimular el defecto, y a manera de muleta, le espada o la pluma. Y así se apoyaba, ora en

la espada, ora en la pluma. Cojo y todo escaló las alturas que se propuso.

—Seré Presidente de Nicaragua, dijo en el Instituto Nacional de Oriente, a sus condiscípulos. De esto hace más de cincuenta años. Cumplió su palabra. Despreciaba las leyes, la religión y la ciencia médica, por lucrativas. — Los médicos, los abogados y los sacerdotes, son los tres azotes de la humanidad— escribió.

Desconocía la estrategia de las retiradas pacíficas. Derrotado, se parecía a esos jinetes que disparaban sus últimos dardos, volteándose sobre la grupa de sus corceles. Y se parecía también a los romanos: "Con el escudo o sobre el escudo". Y también se parecía a los atenienses, sofista. Y también era como los espartanos, grave. Pero más que todo se parecía a él mismo, como esas gotas de agua que se parecen entre sí tan inexplicablemente...

Nada en él era a medias. Sobre un fondo de agua fuerte, hacía resaltar con acabada seguridad su perfil duro, volteriano, cesáreo. En su retrato nada tenía que hacer la femenina gracia de las acuarelas, ni el abandono relajado de los medios tonos. Por eso le odiaron entrañablemente los hermafroditas del carácter, los hombres-orquídeas, los que no saben maldecir a Dios ni entonar loas a nuestro padre Satanás. Se resumía en él violentamente el individualismo liberal y en su pecho hacía crisis la pasión del yo. El egoísmo disecaba sus verdaderas cualidades.

(Condenarlo!) De qué?) Por qué? Que se alce por ahí un fariseo y le arroje la primera piedra. (Hipócritas, raza de víboras! les habría dicho Cristo. Más les valiera que les ataran una piedra de molino al cuello y les arrojaran a las profundidades del mar.

Empero, una cosa me reconcilia con este de veras hombres aunque mil veces equivocado: la independencia de su carácter. No lo hipotecó la amistad, no lo rindió el soborno, no lo amordazó el cohecho. Desconoció la dulzura del corazón, porque le parecía, acaso, la forma matemática de relajar su autonomía personal. Por eso no deja amigos. Sólo partidarios y admiradores. Es decir, hombres ligados a él por condescendencia inferior.

En nuestras demagogias prósperas, él fue siempre un anti demagogo, no por virtud social, sino por orgullo y narcisismo. Ni lo enterró el insulto, ni el elogio lo dulcificó. Era como un islote desolado, poblado de arrecifes en la soledad del mar. (El náufrago de esas playas no tuvo un poco de agua para su sed, ni la sombra de un alero para su insolación! Ni los muertos tendrán en el General Moncada un huésped cordial.

— (Oh, cómo apestáis! les recriminaba al entrar. Era nuestro como el aire, como el maíz, como el indio, como el calor. Representa una época, un paisaje, y en la extraña fisonomía de su personalidad, debemos reconocer cada uno un poco de nuestros propios defectos. Cuando puso ceñir sobre sus sienes el mirto de Sócrates, se amarró el cintillo colorado, y desilusionado seguramente, se encerró para morir en el baño como un romano de los tiempos de Nerón. Si dejó escrita alguna carta, habrá que buscarla.

Estuve ayer haciendo cola para contemplar por última vez el cuerpo vencido del General José María Moncada. La nariz romana se había aquilificado al choque de la agonía. La frente se prolongaba noblemente hasta el área hinchada de las sienes; los ojos se habían semicerrado en trance de meditación; las pestañas se habían ennegrecido por la proximidad del misterio. Bajo la lámpara mortuoria, la cabeza aparecía circundada de un extraño halo de

claridad, y el volumen total del cráneo, las sienes y la frente eran como un himno de innegable belleza.

Ahora, el terrible viajero ha remontado el lúgubre, oscuro río. En el fondo de la embarcación, hacinados y en tardías lamentaciones, irán otros compañeros de viaje.

El ya habrá tomado los remos de manos de Caronte para bogar él mismo hasta su propio destino".